

de la muerte á vuestros hijos amenazados por la hambre desoladora: *fiat pax in virtute tua, et abundantia in turribus tuis.*

Que acaben para siempre, Señor, esos odios enconados, que perpetúan la guerra entre nosotros; esos intereses injustos, que han roto nuestros vínculos sociales; esas pasiones intransigibles, que han trasformado en un circo de gladiadores á un pueblo de hermanos. Dadnos ¡oh Padre! á todos vuestra gracia; visitadnos con los preciosos remordimientos; excitad la contricción mas punzante y viva en nuestras almas, para que, llorando amargamente nuestros pecados, y uniéndonos por la penitencia, marchemos juntos, bajo los auspicios de la verdadera paz, por los senderos de vuestra santa lei, hasta incorporarnos por fin dentro de los muros de aquella ciudad alumbrada perdurablemente por Vos, patria de vuestros escogidos, mansion de la ventura y residencia de la gloria.

SERMON

DE

ACCION DE GRACIAS.

PREDICADO

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE MORELIA

EN LA SOLEMNE FUNCION
QUE SE HIZO EL 20 DE JUNIO DE 1860, CON MOTIVO
DEL REGRESO DE N. S. P. PIO IX A ROMA.

*Gloria in altissimis Deo, et in terra pax
hominibus.*

Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos,
y paz á los hombres en la tierra.

Luc. cap. II v. 14.

CATÓLICOS:

YA comprenderéis que no he tenido que revolver las Santas Escrituras para encontrar el tema sagrado que ha de dirigir mi pensamiento y ocupar vuestra religiosa atencion en la solemnidad presente. Hanse encontrado nuestros sentimientos con los cánticos sagrados que resuenan en las bóvedas de esta basílica: el himno angelical de Belen resume de una manera divina el grande y santo objeto de esta ceremonia, y por la mas feliz de todas las coincidencias hemos recogido en un punto la dilatada carrera de diez y nueve siglos, para volver al cielo, con la expresion de un santo reconocimiento, los ecos augustos de aquellas inteligencias sublimes que descendieron á la cuna del Salvador para cantar, en los trasportes de un excelso regocijo, la gloria de Dios en las alturas y la paz de los hombres en la tierra. ¡Dónde podian representarse mejor el pensamiento y las mas íntimas afecciones de la numerosa y respetable concurrencia que me escucha? En el orden de los acontecimientos humanos fá-

cilmente reconoceréis el espíritu de la religion y el espíritu de la filosofía. Ora examine los hechos, ora los pese con fidelidad en la balanza de su criterio, ya gire por los espacios para seguir la carrera de los mundos, ó bien tenga que reconcentrarse en un punto para estudiar la constitucion de un sér imperceptible, el filósofo siempre sucesivo en su discurso, siempre parcial en su comprension, pasa la carrera de una vida inteligente y laboriosa, para quedar figurando como un simple eslabon de esa cadena tradicional que compone la historia del espíritu humano. Mui de otra suerte juzgamos del genio de la religion: expresion soberana del pensamiento de Dios, engólfase sin cesar en lo infinito, desdeña lo que no es inmenso, esquivo lo que declina un tanto de los últimos términos de la perfeccion, y nunca se muestra mas elevada que cuando abraza con una sola de sus expresiones inspiradas las generaciones, los acontecimientos y las ideas que han venido pasando por el dilatado curso de los siglos. ¡Desdichado de aquel que, ministro del santuario, dueño de la fe, árbitro de la esperanza, tutor nato de la caridad evangélica, se sintiese avergonzado de no poder seguir el misterioso laberinto de la política cuando tiene que arrastrar al templo los grandes sucesos de la vida social como otros tantos medios que la Providencia pone á su arbitrio para desenvolver en la tierra y llevar á su feliz consumacion los magníficos planes del que reina en los cielos!

Nunca he apreciado mas, como ministro del Altísimo, la feliz ignorancia en que me coloca mi excentricidad de esa esfera donde gira el pensamiento exclusivamente político, que en la ocasion presente; pues libre de esas delicadas tentaciones que podrian esterilizar la fecundidad propia de la palabra de Dios, puedo hablar aquí á Su Magestad, como intérprete de la Iglesia y del Estado de Michoacan, explicando su reconocimiento con las augustas emociones de la caridad cristiana, por el suceso nunca bastantemente encarecido del regreso de Nuestro Santísimo Padre Pio IX á la ciudad de Roma.

La Iglesia y el Estado, que algunas veces se asocian en un pensamiento político, colócanse hoy entrambos, á la presencia del Rei de los reyes, que está en ese tabernáculo, bajo la influencia feliz del pensamiento religioso. El grande acontecimiento que nos ocupa, fecunda las dos ideas. A la hora de esta la religion habrá ya recibido mil cumplidos homenajes en las tribunas parlamentarias de los pueblos con motivo tan plausible, mientras nosotros, haciéndolo servir todo á la idea religiosa, no volveremos nuestros ojos al orden puramente humano, sino movidos por la gracia del Espíritu

Santo, y para ver concentradas en la accion permanente de la voluntad divina las esperanzas de la sociedad entera.

Hai, católicos, algo de misterioso en el empleo que hace la Iglesia de estas palabras de mi texto. Repítense millares de veces cada dia en todo el orbe católico. ¿Porqué será? porque el hombre naturalmente distraido de la presencia de su Criador y de su fin, ha menester sin duda de un estímulo tan constante como este, que precisando su razon y su voluntad en cuanto piensa, concibe y ejecuta, le obligue, digámoslo así, á no ser la víctima continua de la fascinacion de las ideas y de los prestigios de las pasiones. Jesucristo, viniendo al mundo, le trajo dos cosas, perfeccion y felicidad; y los ángeles, proclamando en su cuna la gloria de Dios y la paz de los hombres, establecieron definitivamente los datos en que pudiera cifrarse nuestro juicio sobre la importancia relativa de los principios, de las instituciones y de los acontecimientos. Todo lo que puede volverse á Dios sin inconveniente, es digno de su gloria: todo lo que no es digno de su gloria, es estéril, ó mejor dicho, ruinoso para la felicidad humana. En este punto, permitidme la frase, los intereses de Dios y los del hombre son inseparables.

¿Por qué estoy yo en la cátedra del Espíritu Santo? Me diréis que porque debo predicar el Evangelio. Mas yo pensaba en otra cosa: es decir: quiero encontrar una idea bastante fuerte, bastante enérgica, que convierta el feliz regreso de Nuestro Santísimo Padre en un asunto adecuado al sagrado carácter de la predicacion religiosa. Yo diré pues, que me encuentro aquí, porque mi asunto cae mui bien en la cátedra del Espíritu Santo, porque en él vienen á concretarse las palabras que he elegido por texto; pues la mas leve reflexion dará sobradas luces para reconocer en el plausible suceso que nos tiene reunidos al presente en la casa del Señor, no ya uno de esos acontecimientos colosales que dominan todo el campo de la historia, sino un hecho consumado en que aparece mas visible que nunca aquel irresistible poder que, sin tocar en lo mas leve la libertad de los individuos y de los pueblos, encadena victoriosamente á los unos y á los otros dentro de ese círculo inamovible y providencial que ha trazado á los destinos de todas las naciones. Dirélo de una vez, y dirélo sin frases: vengo á celebrar en la cátedra de la verdad el feliz regreso de Nuestro Santísimo Padre á la capital de sus Estados, porque esto me da motivo para reconocer la gloria de Dios en las alturas y la paz de los hombres en la tierra. Gloria á Dios en las alturas, porque el catolicismo ha triunfado en ese movimiento generoso de las naciones que precedió á la vuelta de Pio IX: paz á los hombres en la tierra, porque los

principios y medios que han presidido á un acontecimiento tan feliz, entrañan por necesidad los elementos del órden, la concordia de los derechos, los gérmenes preciosos de la felicidad pública, como otros tantos precusores ó efectos de la paz del universo. Tal es mi plan; mas para desenvolverle de una manera santa y provechosa para los fieles, ¡oh Dios mio, á quien adoramos sacramentado en ese altar! os pedimos rendidamente la sabiduría y la unción por la intercesion de vuestra Madre, á quien toda la Iglesia católica se convierte llena de esperanza para alcanzar de Vos los mas insignes favores.—*Ave María.*

PRIMERA PARTE.

He dicho, católicos, en primer lugar, que en este grande acontecimiento admiramos, celebramos y agradecemos á Dios el que haya hecho brillar su gloria en la tierra en un triunfo completo para su religion sacrosanta; y lo he dicho, porque, tratando de reunir en un punto las ideas contenidas en la victoria, no echo ménos aquí una sola de cuantas pudieran contribuir á que reconozca todo el mundo al catolicismo triunfante en ese corto y fecundísimo periodo de sucesos que, comenzando con el ascenso del Eminentísimo Sr. Mastai-Ferretti al trono pontificio, ha terminado por el feliz regreso de Pio IX á la Ciudad eterna. ¿Cuáles son estos caracteres? Primero las doctrinas, segundo el poder, tercero las relaciones. Considerando pues el acontecimiento bajo estos tres aspectos, veo que la Iglesia triunfa, porque vuelven á reconocérsela sus principios sociales, porque se la encomienda de nuevo el porvenir del mundo, y porque el desengaño mas espléndido y glorioso ha estrechado mas íntimamente los vínculos que unen entre sí á la Iglesia y al Estado. Es decir, católicos, ¡admirad la coincidencia! triunfa la religion á mediados del siglo XIX por los mismos elementos que salvaron al mundo en el principio de nuestra era, por la fe, por la esperanza y por la caridad. ¿Cómo? ya lo estáis viendo: porque sin fe no podían aceptársela sus principios, sin esperanza, no podía confiársela el destino de las naciones, y sin caridad era de todo punto imposible que se anudaran otra vez en las instituciones civiles la sociedad política y la sociedad religiosa. Esto no me sorprende á mí, ni debe sorprender á ningun católico, porque así nos lo dijo San Juan, y lo ha estado repitiendo la Iglesia. *La victoria que vence al mundo, es nuestra fe,* dice el Evangelista;¹ pero la razon de

¹ Hec est victoria que vincit mundum, fides nostra. I Joann. cap. V, v. 4.

los filósofos, apelando á la ironía para librarse de la humillacion, correspondió al oráculo con una sonrisa. Preciso era que le llegase su turno; y la religion, que nunca se apresura, esperó con paciencia, como siempre espera. Ha llegado el mundo varias veces, como ahora, al borde de un abismo; y la razon silbada por la desgracia de los pueblos, señalando la víctima, ha dicho: *he aquí mi obra*, para retirarse del teatro y dejar el campo libre á la accion restauradora de la fe. Siempre sucede esto, porque nunca puede suceder otra cosa: la fe, símbolo de lo infinito, vale siempre lo que representa; la razon, símbolo de lo finito, imperfecto y limitado, tiene un valor siempre relativo á su localidad, el de cero cuando está sola, el de millares cuando está á la derecha de la fe. Esto se le ha dicho mil veces al hombre; pero el hombre, raras veces accesible al idioma de la persuasion, parece condenado siempre á no entender sino el amargo y doloroso lenguaje del infortunio. ¿Lo queréis palpar? No os condeno á una larga carrera: una rápida ojeada sobre tres siglos, un mirar mas circunspecto sobre la última revolucion de Italia, no pido más, para contar con vuestro convencimiento.

Raras veces el hombre y la sociedad se contienen en su órbita: raras veces por lo mismo hai virtudes sociales y felicidad pública. Los acontecimientos mas importantes en la historia del mundo político frecuentemente favorecen las conjeturas de sus genios mas esclarecidos, haciéndolos columbrar desenlaces plausibles en las crisis de las naciones, y esperanzas lisonjeras en el porvenir de la sociedad. Vencida mui apénas la infancia de aquel siglo que alumbró la reaparicion de las muchas glórias que habian quedado hundidas al cabo de tantos acontecimientos en el caos impenetrable de la edad media, pareció que habia sonado la hora feliz, no solo para los fueros de la inteligencia, mas tambien para las nobles prerogativas de la virtud, y para el advenimiento de la paz y de la bien entendida dicha de los pueblos. No fué así empero, y parece que algunos restos de luz, salvando los límites conocidos del horizonte hasta entónces descubierto, dibujaban muy confusamente, y para mui pocos, acá en el porvenir la lucha de dos principios igualmente falsos y tenaces que, aliándose al indiferentismo religioso, habian de abalanzarse á sangre y fuego sobre los destinos del mundo civilizado. Soñó la razon que lo sabia todo, mientras la voluntad social aspiró á la omnipotencia; y estos, que allá fueron unos delirios, pasaron mas tarde la campo de la vida práctica, plantando en las dos extremidades de tres siglos dos monumentos colosales, que habian de marcar la carrera que durante ellos hiciese la sociedad.

Partiendo de la Reforma, el mundo político debía venir al socialismo, anunciando mui altamente de este modo, con la luz de todas las experiencias y el poder de todos los desengaños, que la razon nada consume con su poder, que la voluntad nada puede tampoco por sí misma en la línea del bien; que la pretendida independencia en que se ha querido suponer á la tierra respecto del cielo, es el mas funesto delirio que ha podido imaginarse entre los hombres; que salirse del orden espiritual es fabricar en el aire, ó cuando ménos sobre una arena movediza; que buscar los caracteres legítimos de este orden saliéndose del influjo de la gracia y de la fe, será siempre divertirse con quimeras; y que no habiendo alianza entre la razon y la fe, entre la voluntad y la gracia fuera del principio católico, el cristianismo no ha dejado de ser un solo instante la forma legítima de la sociedad moderna, y la única garantía real y positiva de sus instituciones políticas.

Católicos: este es un raciocinio; pero un raciocinio que ha costado tres siglos de trabajos á la inteligencia, tres siglos de lágrimas y miserias á la humanidad, y que parece escrito con la sangre de las víctimas y sobre el sepulcro de los pueblos y de los reyes. El renacimiento de las letras y la reforma en el Norte de la Europa suministraron las primeras ideas; el movimiento intelectual de la filosofía inerédula desde Luis XIV hasta Luis XVI fijó su sentido; la revolucion francesa las dió sus aplicaciones prácticas; la restauracion las habia como adormecido; las fuertes conmociones de la Europa en los dos años corridos, convirtiéndonos á la Alemania, donde habian hallado asilo y proteccion los últimos restos de aquellos dos principios, que ya parecian estirpados, y desde donde socavaban y cebaban la inmensa mina que habia de traer á tierra todas las instituciones mas respetables; estas conmociones, digo, han hecho lo que faltaba para dar una leccion terrible y dirigir un discurso mui elocuente á cuantos rigen los destinos de las naciones. Mas todo esto corria un peligro para la verdad, un peligro para la virtud, un peligro para la felicidad; el de quedar, por explicarme así, como derramado y resumido en toda la superficie de la tierra, sujeto á la diferencia de los cálculos humanos, avasallado al poder de la ciencia y vendido al influjo de los intereses y de las pasiones. Contra este triple peligro no habia mas que un remedio, el de que todo se reconcentrase en una sola revolucion, en un solo imperio, y si posible fuera, en un solo hombre. La Providencia divina sin duda siente aun tiernamente del mundo: provocada mil veces, muestra todavía lo infinito de su ser en el amor que nos tiene; y á juzgar por el acontecimiento que nos reúne á todos en este lugar santo,

visto es, que Dios tiene aun en su corazon de Padre á las moribundas sociedades de nuestros dias. Dios ha dado estas tres precauciones contra aquel triple peligro: ha recogido en los Estados pontificios todos los combustibles esparcidos por el mundo para traer á su ruina las instituciones sociales; ha figurado en el gobierno temporal de aquel monarca todo cuanto quiere y puede hacer el orgullo de la razon y la pretendida omnipotencia de la voluntad social contra los derechos de una autoridad legítima y los deberes de la obediencia, y ha elegido á Nuestro Santísimo Padre Pio IX, como el único personaje que para una mision tan sublime pudiera presentar al mundo. Vicario de Jesucristo y Rei de unos Estados en cuya capital están archivados todos los siglos antiguos, y de donde son tributarios todos los siglos modernos, colocado le veis entre los cielos y la tierra, situado en las primeras cumbres del orbe político, á la vista y para la enseñanza de los pueblos y de los reyes.

Desde este momento la carrera política del nuevo Pontífice no pudo ya separarse de la condicion presente y futura de la sociedad actual, y la sagrada y eminente persona de Pio IX fué una recapitulacion viva de todas las graves y terribles cuestiones que agitaban á la Europa. Las cosas habian llegado á tal punto, que los intereses y los principios contendientes, no pudiendo arribar á una solucion definitiva de otra suerte, necesitaban de un fenómeno semejante en el mundo moral y político: los elementos de restauracion todo lo aventuraban obrando separadamente, y la misma anarquía social, parece una paradoja! no podía triunfar definitivamente sino en la unidad de la víctima. Así con fuerza este pensamiento, católicos: sorprendo en él un fuerte rayo de luz que puede favorecer mucho la inteligencia por lo ménos, para columbrar un tanto cómo Dios obliga soberanamente á todas las contradicciones humanas y á las mas irreconciliables pasiones políticas á filiarse en una idea y servir á un misterioso designio.

La historia es y será siempre la expresion de una vasta, de una indefinida carrera de pensamiento y de accion; pero esta carrera nunca corresponde mas que á tres pasos gigantescos que da la sociedad: de las doctrinas á las opiniones, de estas á las revoluciones, y de aquí á la vida ó á la muerte. Esto es todo: vedlo bien, y no encontraréis otra cosa fuera de esto. Y esto se halla tan encadenado, que nada pueden para dislocarlo ni la razon con todas sus teorías, ni la voluntad con todos sus recursos y elementos de accion. La sociedad, lo mismo que los individuos, llegarán á la vida ó á la muerte; esto depende de ellos: pero no dependerá nunca el poner en contradiccion ó en armonía el resultado final con los prin-

principios, los medios y los elementos de su carrera. La infancia del hombre es el primer asilo de las doctrinas paternas que se le inculcan, y de donde pártase para pensar por sí, como suele decirse, y formarse una opinion: su juventud es el vastísimo y complicado teatro donde luchan de un lado las verdades y los errores, y de otro lado las pasiones y la moral: la edad madura es un periodo de reforma, de restauracion ó de consolidacion: la vejez será pues el tiempo de la paz y de la dicha, ó bien el de los desengaños inútiles y tardíos, el de la impotencia luchando con el instinto, el de la desesperacion y la muerte.

Yo me he divagado por una comparacion innecesaria; pero sin detenerme á suprimirla, os traigo con rapidez á mi primera idea. La sociedad no puede ser feliz sin la unidad, sin la fortaleza y la conservacion: luego no puede serlo sin doctrinas unas, fuertes é infalibles, sin doctrinas intransigibles en todo el vasto sistema de sus principios, incontrastables en su poder sobre los pueblos, inaccesibles al tacto resbaladizo de la razon humana. Si puede disputarse esto tratándose del individuo, que reduce á su persona el objeto de su pensamiento y de su albedrío, nadie puede disputarlo cuando se habla de la sociedad, donde se agitan ideas tan diversas, opiniones tan várias, intereses tan opuestos; donde se trata de que las masas indómitas se coloquen bajo la influencia de los principios, y hagan brillar en el conjunto la armonía social. Mucho tiempo há que el genio de la política vuela tras de cuatro fantasmas que le traen fuera de sí: hablar con la filosofía al espíritu de las masas, reconstruir el mundo con las revoluciones y el cálculo, crear el orden con el equilibrio de los intereses, y sostenerle con el poder militar. ¿Y qué ha resultado? A cada pensamiento una objecion, á cada cálculo una burla, á cada victoria física una reaccion tambien física, á cada combinacion de intereses sociales una revolucion más y un gobierno ménos. Háseles olvidado á los que en esto influyen, que todo irá mal, si no se cuenta con Dios, y que no habrá garantía ninguna, mientras los filósofos y los políticos le tengan declarada la guerra al cielo.

No, católicos, no os engaños: ¿queréis que la sociedad sea una, firme, incontrastable? No la brindéis teorías; dadla un símbolo, y todo está hecho. ¿Y quién dará un símbolo á la sociedad? ¿Los filósofos? No, católicos: los filósofos no saben mas que discurrir. ¿Los políticos? Tampoco: los políticos no saben mas que calcular. ¿Los guerreros? Mucho ménos: los guerreros no saben mas que destruir. ¿Los que todo lo ignoran, las masas? ¿Qué delirio! su historia no es mas que la del entusiasmo y el odio, su carácter fijo

la versatilidad, su freno único la obediencia. No hai medio: palabra de Dios ó palabra del hombre; verdad constante, ó mezcla confusa de verdades y de errores; autoridad reconocida, ó autoridad siempre disputada; unidad, ó anarquía; el orden en la libertad, ó el desenfreno y el despotismo en el mundo.—Escoged.—He dicho mal: aplaudid, porque todos profesáis el gran principio católico.

De este modo, católicos, veo aceptados de nuevo los principios políticos de la religion católica en las últimas páginas del periodo histórico que al presente nos ocupa. En 1848 se combatian con orgullo, se desechaban con énfasis: en 1850 se han paseado con magestad por las galerías mas ilustres de la Europa, y han sido saludados, digámoslo así, por los primeros oráculos de la política, en el Nombre de Dios. Pero no me basta ciertamente, hacer os admirar el triunfo de los principios católicos en el estado actual de las opiniones: tratamos aquí de una victoria total, y una victoria como esta complica tambien las esperanzas y la felicidad del género humano. Seguidme aun en el curso de mis ideas. Mas yo, deseando ver distintamente los caracteres de esta triple gloria, me he fijado para ello en dos objetos, metódicos si queréis, pero de suma importancia para afirmar un concepto: las tendencias impías y ruinosas que arrojaron á Pio IX de la capital de sus Estados, y el carácter de los medios que facilitaron su regreso á Roma. Pero explicándome de esta suerte, me propongo ménos entrar en un compromiso formal con las severas leyes de la arte oratoria, que poner en vuestras manos la clave de mi pensamiento. No ha sido mi ánimo hacer un discurso, sino seguir sin esfuerzo el movimiento de la sociedad, para buscar en él la accion de la Providencia y los agentes de la religion. *No hai arcano que no haya de revelarse*¹, dijo el Divino Fundador de la Iglesia católica, y yo veo una espléndida prueba de este oráculo en la historia contemporánea.

Las revoluciones humanas tienen una cosa de particular, y es mentir en sus resultados, obligando á los hombres á llegar á donde no esperaban. ¿Por qué así? Los principios son siempre un punto de apelacion para los hechos, y el *fiat* eterno del que reina en las alturas un decreto que, aun humanamente hablando, nunca deja de cumplirse, sin tocar por esto en lo mas pequeño á la libertad de los pueblos. Este es un misterio sin duda: misterio, porque no se comprende el *cómo*; pero revelacion explícita, porque está ya para cumplir catorce siglos de experiencias.

¹ Nihil autem opertum est quod non reveletur, neque absconditum, quod non sciatur.—Luc. cap. XII, v. 2.

Toda la Revolucion de Roma tuvo sin duda un pensamiento, porque sin pensamiento es absolutamente imposible el movimiento de la sociedad; pero este pensamiento fué falso: falso, porque le faltaron los principios; falso, porque le falló el resultado. El principio fué, ya lo sabéis, que la soberanía temporal de los pontífices era un hecho y no un derecho: un hecho anticuado, porque pugnaba con las ideas dominantes del sistema actual; embarazoso, porque entrañaba siempre en las cuestiones políticas el principio católico, declarado extranjero hace dos siglos; perjudicial, en fin, porque frustrando el desarrollo práctico de todas las teorías mas ó ménos plausibles que habian sido saludadas por el entusiasmo popular, y que reportaban la gloria del movimiento político de la Europa, colocaba en una posición excepcional, esto es, *retrograda* al Estado pontificio.

Esta opinión no era solo de Roma: hallábase su cátedra en Alemania, distribuía sus escenas por toda la Europa, y hasta en las jóvenes naciones del Nuevo Mundo, en los puntos trasatlánticos mas remotos, se habian estado cruzando por mas de medio siglo sus ecos. No habia mas diferencia, sino que allá de los mares pasaba la cuestión como un proceso ya relegado á los archivos de la filosofía; mientras acá nos arrancaba tan solamente tartamudéos.

¿A dónde tendia pues esta revolución determinada por semejantes principios? A la consumación de un hecho que, aislando para siempre los dos poderes, redujese á los Pontífices á ser los simples sucesores de los apóstoles en el gobierno espiritual.¹ Y así parecia,

1 Tal vez parecerá que, explicándome de esta suerte, considero la abolición del poder temporal de los Pontífices como el objeto final de la revolución; pero no es así. Para mí esa idea es prominente, y si se quiere, de la primera magnitud; pero no el todo, ni mucho ménos el fin de la revolución europea. Siempre he creído necesario distinguir entre el pensamiento de la revolución, que se identifica en cierto modo con el movimiento de los siglos, y el pensamiento de sus agentes, que de ordinario sigue la razón de las circunstancias y anda por la carrera de los obstáculos. ¿Para qué tratar de las diferencias entre la Austria y Roma? ¿para qué discurrir especialmente sobre la célebre cuestión de la independencia italiana? En el estado actual de las cosas nunca podemos detenernos aquí, porque la cuestión de independencia sería cuando mucho el primer acto de un drama en extremo complicado, vago y general para reducir á solo ella el pensamiento de la revolución. Una cosa importa saber, y es la razón en que se halla con esta y con el movimiento general de la Europa el poder temporal de los Pontífices. Viniendo á este punto, no he temido concretar en este poder el pensamiento mas inmediato de la revolución. ¿Por qué? Oigamos á uno de los que mas se interesan en ella, y de los ménos favorables por lo mismo al triunfo de los principios católicos. "La Italia, dice Mazzini, es el centro de la Europa tradicional é histórica, y en consecuencia el blanco de todas las fuerzas revolucionarias desarrolladas por este siglo y el precedente. Mientras exista la Italia

católicos, á lo ménos á juzgar por las conjeturas de algunos políticos. El sueño de Juliano se repitió en el año de 1848: la muerte del poder temporal de los pontífices no careció de profetas; y para que nada faltase, el Santo Padre Pio XI, teniendo que ceder á la situación, dejó á Roma en manos de su propio consejo.

Atacando el poder temporal de los Pontífices, no imaginaban los autores de la revolución italiana (y se hubieran reído de quien se lo dijese), que hacían retroceder la sociedad. ¿Y no mas esto? Sí, católicos: mas, mucho mas; mil veces mas; la hacían morir: porque su muerte era inevitable, si no retrocedía mas de dos mil años: retroceso imposible, y por lo mismo exterminio seguro.

Tal vez os sorprendéis; pero en verdad, que no vertido una paradoja, ni siquiera me he permitido una hipérbole: mas bien he enunciado una demostración, y para mí, acrisolada en todos los criterios. No sé si me equivocaré; pero á lo ménos, escuchadme; porque sospecho que con una ligera explicación quedaréis plenamente convencidos.

El reino temporal del Papa no es una institución divina, porque este es privilegio exclusivo de la Iglesia; pero es una institución providencial, necesaria en las sociedades modernas, puesto que ella es la que representa socialmente la permanencia organizada de sus principios conservadores.

Desde que el catolicismo fué ya un hecho consumado en el universo, el principio de la fe encarnó en la inteligencia, el de la gracia en la voluntad, el de la Providencia en el orden; porque ó se respetaban estos principios, ó la anarquía debía ser el estado normal de la sociedad, puesto que habia católicos en todo el mundo.

Los que veían el gobierno temporal como una prerogativa innecesaria para la conservación de la Iglesia, discurrían bien, pero fuera de camino. ¿Qué léjos estaban de sospechar que la cuestión era otra! Ni podían: la sospecha debía brotar de una revolución pro-

católica, papal y tradicional, no podrá la Europa renovarse, porque la Italia es la suprema autoridad conservadora de todos los principios, de todos los derechos y de todos los intereses de lo pasado. De tres siglos acá, la Europa conspira contra Roma &c., &c."* He aquí por qué no temí concretar la revolución europea en la revolución italiana, esta en la de Roma, y el blanco de la de Roma en la autoridad y en el poder temporal de Pio IX. He creído siempre que el catolicismo con sus tradiciones, su historia, su pensamiento y sus destinos se reconcentra, considerado bajo un aspecto político, en la institución del poder temporal de los Pontífices, y que por tanto, mientras éste viva, será mas ó ménos clara ó encubiertamente el primer objeto de la revolución europea, y por lo mismo de la de Italia y de la de Roma.

* De l'Italie dans ses rapports avec la liberté et la civilisation moderne.—Tom. II.

vocada por el mismo espíritu ciego que no la sentía. La cuestión es esta: supuesto el catolicismo, ¿pueden conservarse los principios, el orden y las esperanzas de la sociedad sin el poder temporal de los Pontífices?—¿Y por qué no?—He aquí el movimiento sordo del siglo XVII, el furioso clamorío del XVIII y la expresión enfática del XIX. Oídlas:—“La sociedad humana, dicen, se constituye y rige por la inteligencia, se conserva por la voluntad. El hombre le basta; su poder es todo. Un Pontífice en el trono es la expresión anticuada de otro siglo, y hoy no figura sino como una ironía.”—He aquí el resumen de la revolución filosófica. Estas ideas estaban arraigadas: el tiempo de los milagros, el de los martirios y el de las controversias habían pasado ya: el mismo racionalismo varió de tema: la indiferencia en lo especulativo y el materialismo en lo práctico fueron ya el nuevo símbolo que se quiso representar para lo venidero. Esto suponía un punto de partida, y era la reforma; traía una consecuencia práctica, y es el socialismo.

Os he dicho, católicos, que la reforma y el socialismo son dos monumentos colosales que el orgullo del espíritu humano ha erigido en sus aberraciones sobre las dos extremidades de tres siglos, como un punto de partida y un término necesario: los errores tienen su lógica y las turbulencias una filiación reconocida. La reforma, católicos, no es hija de Lutero, no es hija de Enrique VIII; sino de catorce siglos de Preparación intelectual y política: en ella vino á refundirse el espíritu de turbulencia que había estado agitando continuamente al cristianismo.¹ Le llegó su hora y tuvo gefes, esto es todo; y para que estallase el incendio, bastaban dos chispas arrojadas con cierta oportunidad. Aquellos dos personajes tuvieron su destino en los anales del error: no pasan de aquí los títulos de su funesta celebridad. Pero la reforma entañaba pensamientos confusos, que bien se echaron de ver en tantos designios abortados; y esos pensamientos no podían á la verdad surtir su efecto sin tocar á todos los elementos de la sociedad. La filosofía del siglo XVIII debía venir pues en consecuencia de la reforma: aquellos movimientos desastrosos que cubrieron de sangre el territorio de la nación francesa, fueron la personificación activa de la filosofía. Después acá, las teorías, las revoluciones, las calamidades mas inauditas han figurado sin cesar en el teatro político, sin dejar de positivo sino

¹ Los fundamentos de este juicio histórico pueden verse en una obra mía titulada: CURSO DE JURISPRUDENCIA UNIVERSAL, tomo 2.^o DISEÑACION 1.^a, publicada en Morelia desde 1844, es decir, un año antes de que se conociese aquí la obra del Sr. Bálmes titulada: EL PROTESTANTISMO, &c.

dos frases enfáticas, profundamente verdaderas y altamente misteriosas: *No lo sé, no lo entiendo.* Estas dos frases parecen indicar la sinópsis de la nueva lucha social y doctrinal, y abandonar el porvenir ó al triunfo de la fe, que reserva sus revelaciones sublimes para los sencillos y pequeños, ó al triunfo del orgullo racionalista. ¿Qué sucederá? La razón ha quedado convencida de impostura, por la confesión de ella misma; el poder físico perdió su ascendiente, cambiando de carácter y haciéndose precario; las opiniones no tienen corriente fija, ni los intereses aplomo. ¿Qué sucederá pues?.....

Una nueva secta, aprovechándose de esta circunstancia tan oportuna, dirige su mensaje á las naciones, prometiéndolo todo, con la reforma de todo, sobre la ruina de todo. El socialismo, como los espectros de la Fábula, levantó su frente, asustó al mundo, y volvió á la fosa; pero volvió sin desesperar: bastábale saber, que con solo imprimir sobre la sociedad el vestigio de un delirio, le llegaría su época. Su sueño duró seis lustros; y al cabo de ellos, católicos, ¿qué veis? El socialismo en los libros, el socialismo en los periódicos, el socialismo en los parlamentos, el socialismo en los gabinetes, el socialismo en el mundo. Marcha con los pasos del gigante, y ya no parece inverosímil que sus enseñanzas lleguen á tremolar sobre un inmenso promontorio, donde hayan quedado sepultados todos los antiguos elementos de la sociedad humana.

Ahora bien, ¿el socialismo salvará la sociedad? No: la vida nunca puede hallarse fuera de la verdad. ¿Sucumbirá al influjo de un enemigo parcial, de otra doctrina falsa, de otro poder precario? No: el socialismo solo teme á uno, no mas que á uno: fuera de él á nadie teme, y los vence á todos. A este poderoso enemigo le cumplimenta, le afecta respetar, se alia con él, le reforma segun su juicio, &c., &c. ¿Cuál es pues, este enemigo? *El catolicismo.* Pero este, siempre fuerte en la cuestión religiosa y eclesiástica, era ya débil en la cuestión social, y no podía sin un milagro renacer para la política de sus simples elementos. Pero si podía renacer de su sepulcro civil, esto es, del último estrago de una revolución organizada y desfogada contra él: he aquí la revolución europea recogida en la revolución italiana.

Expliquémonos todavía mas. Católicos, la obra de Constantino y de Carlo-Magno, largo tiempo calificada de un homenaje digno del Supremo Pastor de la Iglesia, no fué solo esto; fué tambien un punto definitivo para la constitución de la sociedad universal, una condición ratificada sobre el equilibrio político de la Europa. Aquellos dos grandes hombres fueron mas que políticos; pronunciaron con

un hecho tan ilustre una profecía sobre el porvenir de la sociedad moderna. Con beneplácito ó sin él, debía ser aceptada por esta la condicion de aquellos reyes; y si empezó á disminuir mas y mas el concepto de los grandes genios sobre la soberanía temporal de los pontífices, fué precisamente á medida que se invadía su soberanía espiritual, haciendo problemático el influjo del catolicismo en las instituciones políticas.

Este grande título tradicional, histórico y filosófico de los pontífices, habia sufrido ya una nueva prueba, y prueba bien terrible, vuelvo á decirlo y lo repetiré mil veces, la reforma protestante en el Norte de la Europa. Ella fué la guerra mas enconada que pudo hacerse al poder temporal: porque, desconociéndose hasta la autoridad soberana de la Iglesia, se traspasaban con mucho los términos de la oposicion en la materia.

¿Qué podia esperar el mundo, laxado aquel resorte? ¿Con qué infalibilidad podian contar entónces las doctrinas sociales? ¿Dónde hallar garantías para sacar adelante de las exageraciones diversas las trabas constitucionales puestas á los poderes públicos? ¿Qué poner en lugar de ese vínculo universal de sentimientos, verdadera *fraternidad* humana, representado en la caridad, garantido en el Decálogo y conservado por mas de diez y ocho siglos en la Iglesia católica? ¡Ah! sutilezas, despechos de la vanidad, ilusiones del genio, prestigios de la gloria, movimientos funestos, revoluciones desastrosas, crímenes sobre crímenes, cadalsos sobre cadalsos.

Sin embargo, estos combustibles, aglomerados de siglos atras bajo las bases de las instituciones sociales, preparaban una gran crisis: las opiniones vagaban por el espacio en diferentes curvas, como para no recogerse nunca bajo la influencia de los verdaderos principios: las teorías políticas, los intereses materiales eran todo; la verdad y el sólido bien de las naciones fueron nada. En semejante crisis las discusiones eran ya impotentes, las precauciones inútiles ó imposibles, y podia decirse á la letra de la sociedad, que todo estaba perdido, porque absolutamente no habia quien entrara en sí mismo, como dice el Espíritu Santo: *Nullus est qui recogitet corde.*¹ Comenzóse por declinar de los verdaderos caminos, siguióse por hacer magníficos ensayos de insignes frivolidades; y desde entónces la impotencia para el bien fué un hecho consumado en la historia de la sociedad. Esto no me sorprende, porque estaba escrito: *omnes declinaverunt, simul inútiles facti sunt: non est qui faciat bonum, non est usque ad unum.*² Estos son, católicos, los lances que Dios

¹ Jerem. XII, v. 11—2 Ps. XIII, v. 4.

aprovecha para dar á la sociedad grandes y terribles lecciones, los tiempos en que empieza á regir á las naciones con vara de hierro, como lo anunciaba el Profeta, y en que deja caer desde las alturas una sonrisa de indignacion sobre los delirios del espíritu humano: *Qui habitat in calis irridebit eos, et Dominus subsanabit eos.*¹

¡Insensatos! agitando en sacrílegos y nocturnos clubs las funestas cuestiones que tienden á destruir la sociedad, se creen omnipotentes, porque son pensadores; componen á su placer los destinos del mundo; precipitan acaso la irrupcion terrible, mas para quedar insepultos bajo su ardiente lava. El fenómeno de imaginar sin término y de estrellarse sin cesar es viejo entre los hombres: tiempo hace que estos consejos ingeniosos y ocultos ocuparon una sublime ironía en el canto del Profeta—rei, cuando ponía en contraste, para pintar la miseria humana, las perpetuas vicisitudes entre los proyectos y los desengaños: *Cogitaverunt consilia que non potuerunt stabilire.*²

Tales eran, católicos, las circunstancias en los momentos precisos en que el Pontífice reinante estaba para ocupar la silla de Pedro y el trono de Roma. Dispuesto se hallaba todo, y creo no equivocar si aseguro, que uno de los grandes beneficios que la Providencia dispensó á Nuestro Santísimo Padre Gregorio XVI, fué el haberle llamado al cielo la víspera de una conflagracion universal en la tierra. Políticos puramente humanos han tomado á su cargo el análisis de los acontecimientos que desde entónces empezaron á correr, y el respetable nombre de Pio IX, este nombre que se difundió rápida y dulcemente por todo el mundo, que restituyó la calma á toda la Iglesia católica, pensamente agitada por la expectativa del nuevo Pontífice en las circunstancias mas deplorables, y en la crisis mas imponente y amenazadora para una eleccion de esta naturaleza, este nombre, que fué ya el símbolo de la esperanza para todo buen católico, bien recordaréis que fué tambien conducido en triunfo por la fama política, para empezar á sufrir mui pronto los tormentos de una celebridad poco segura; que en la misma capital del orbe cristiano sufrió una terrible bilocacion en los *vivas* enfáticos de aquella multitud entusiasta; que el nombre de *viva Pio IX* fué la contradictoria del nombre de *viva el Papa*; que todos los partidos especulaban con la bondad del nuevo Soberano, sin comprender su pensamiento, y ménos todavía su mision política: y que el respetable y santo Pastor de la grei de Jesucristo sufrió sólo esa corriente indómita de una turba nunca satisfecha con

¹ Ps. II, v. 4.—² Ps. XX, v. 12.

las concesiones, é irritada con los obstáculos. Lo demas bien lo sabéis: Pío IX mui pronto se anunció al mundo desde Gaeta, y la ingrata ciudad que le habia arrojado de su seno, quedó sirviendo de espectáculo á la compasion del universo.

Católicos: os ofrecí examinar un primer hecho que sirve de antecedente al concepto que debemos formar sobre el triunfo de la religion en el regreso de Nuestro Santísimo Padre á Roma, y acabo de cumplirlo. Las tendencias de la revolucion italiana corrian delante, aunque por la misma línea, de las tendencias de la revolucion europea: destruir con el poder temporal de los Pontífices el obstáculo insuperable á la realizacion de esos proyectos ultra democráticos, al plantéo del socialismo, á la abolicion completa del elemento espiritual y el elemento material, de Dios en las doctrinas, y de la propiedad en los derechos y en las garantías. Pues bien, los agentes de la revolucion italiana pudieron seducirse con esta especie de destierro del Papa, conceptuándose haber dado un paso gigantesco hácia lo que llamaban ellos reformas útiles y progresos sociales. ¡Pero qué sucedió de facto? Pío IX desterrado y la Europa conmovida sufrieron las consecuencias de una explosion volcánica; mas á mui poco, ¡cosa admirable! el órden político renace, y las instituciones sociales parecen empezar á tomar su aplomo sobre un terreno mas firme. El Soberano que habia salido acosado por el fanatismo de una multitud fascinada, el Pontífice venerable que se habia retirado, como el Profeta, á llorar las desgracias de Jerusalem desolada, dejando correr con sus lágrimas de pastor su paternal ternura sobre toda la Iglesia católica, penosamente atormetada por la crisis terrible á que habia llegado la persona que rige sus destinos, el grande, el esclarecido, el ínclito, el inmortal Pío IX volvió despues precedido de los desengaños, invocado contra los desastres de la Italia, solicitado por el corazon de todos sus hijos, llamado como libertador por los clamores lastimosos de los trastornos y de las calamidades de sus pueblos, volvió Rei como habia salido de Roma, volvió entre las felicitaciones universales, entre las aclamaciones del pueblo. Pero dejemos esto de felicitaciones y aplausos; ya es tiempo de desengañarnos: la mas brillante conquista que se ha hecho en nuestros tiempos es descubrir que su valor positivo es igual á su valor negativo. Vengamos á las grandes ideas de la religion, ormando sus triunfos con esos terribles desengaños sobre la versatilidad de las opiniones y la inconstancia de los entusiasmos populares. El sabio vive de la verdad, y la sociedad

1 Ya he fundado en otra parte este concepto, en la nota de la página 390.

no puede estar contenta con solas ilusiones. La multitud necesita quimeras, quimeras para divertirse, quimeras para fascinarse; pero no para ser feliz. Estudiemos pues el grande acontecimiento: la empresa no es dificil, solo se trata de ver, y el objeto tiene dimensiones colosales.

Si, *dimensiones colosales*; y dos nada mas; vedlas aquí: tendencias de la revolucion italiana; resultado de la revolucion italiana. ¿A dónde tendia? A la mas completa abolicion del poder temporal de los Pontífices. ¿Cuál fué su resultado? la reinstalacion de este poder con la vuelta del Soberano, y por consiguiente, el triunfo de los principios católicos. ¿Dónde está ese triunfo? en la naturaleza de los medios que determinaron por último este final resultado. ¿Dónde están figurados estos medios? En las convicciones que hicieron triunfar la idea católica, en los desengaños que cambiaron el sistema de la conducta de Europa, en los procedimientos que fijaron el verdadero carácter de las relaciones entre el Papa y los otros Estados.

Las convicciones, de que ya os he hablado, no podian reaparecer sin un sacudimiento desastroso de la primera magnitud: único remedio contra la indiferencia en que yacia la célebre cuestion sobre el influjo político y social del catolicismo. En las grandes crisis de la sociedad todo vuelve á pasar por la revision y el exámen; y en esta nueva discusion, que sufrió á la faz del mundo y al calor de los mas grandes intereses la cuestion política de Pío IX, el poder temporal de los Pontífices fué ya considerado como un punto de apelacion hecha por la sociedad á la Providencia, para salvarse del mas funesto desequilibrio, siendo ya incontestable que de otra suerte quedaria vendido á las preponderancias accidentales de cada potencia el órden permanente de todas las sociedades.

¿Y qué resultó de aquí? Las convicciones costosas, hijas por lo comun de insignes desengaños, vienen de ordinario á refluir en el sistema de la conducta; y he aquí por qué, al consumarse sobre la situacion de la Europa la conquista sublime de la fe, comenzó tambien á desenvolverse el poder tutelar de la esperanza, y á prepararse para la sociedad política el influjo de esa virtud inmensa que hace entrar en su seno á todos los mundos y tiene lazos para estrechar á todas las generaciones. ¿No lo veis? La Santa Iglesia católica vuelve á recibir hoi aquella mision sublime de órden, de concordia y de prosperidad pública que, despues de tres siglos de sangre, le fué reconocida por el gran Constantino, y que mas tarde le fué ratificada por el insigne Clodovéo. ¿Con cuánta espontaneidad se la reconoce y aclama poseedora de los verdaderos principios

sociales, garantía necesaria del orden, depositaria exclusiva de la moral! ¡Feliz culpa, podriamos exclamar nosotros, á la vista de resultados tan plausibles! ¡Venturosos desastres, que sembrando su camino tortuoso de ilustres desengaños, han regenerado la razon pública, rehabilitado prácticamente los principios, y enriquecido la sociedad con ideas legítimas, con pensamientos fecundos! ¡Dichosísima revolucion, que comenzando por precipitar sobre todo el mundo político inmensas y tempestuosas nubes, precursoras de la muerte, acabó por dibujar sobre los extremos del horizonte el iris bello de una nueva alianza, que habia de ser como el crepúsculo del mas grato porvenir! ¡Ah! mi alma se siente enagenada delante de un cuadro tan magnífico y sublime; y no acierto á dar crédito á mis ojos cuando veo lo que pasa hoy en la ciudad eterna! Se diria que un fuego celestial, descendiendo misteriosamente sobre las siete colinas, ha reanimado el depósito angusto de tantas glorias diversas, de tantos pensamientos fecundos, de tantas tradiciones venerables, de tanta virtud y de tanta grandeza, como se han reunido en la morada de los Pontífices desde que el mundo tuvo una capital por el principio católico. ¡Y os ocultaré, católicos, una emocion profunda que me está agitando en este momento? No: porque es dulce para mí, grata para vosotros y acepta para el alto y santo personaje que ocupa nuestra atencion. Vosotros pensáis y sentís como yo: no he dicho bien; yo soi aquí el intérprete de vuestras ideas y el órgano de vuestros sentimientos. Vuestros labios han prorumpido ya en dulces y santos himnos de reconocimiento, cuando al insolente clamoréo de las naciones fascinadas y al extrabasadado concierto de los grandes que se habian levantado, como dice el Profeta,¹ contra el Señor y contra su Cristo, miráis suceder ese cuadro á par humilde que sublime de todo un mundo vuelto en sí por la desgracia, convertido al cielo por los desengaños, y adicto al Vicario de Jesucristo por el dulcísimo sentimiento de la esperanza. De este modo ¡gran Dios! hacéis resplandecer sobre los hombres vuestro poder, vuestra sabiduría y vuestra misericordia. Ellos os olvidan, pero vos nunca los perderéis de vista: os desconocen; pero nunca dejáis de ser su Padre: os insultan; pero, convenciéndolos de su ceguedad, los llamáis otra vez á vuestra misericordia; y de este modo nunca vuestra gloria es exaltada en la tierra sin que se abran los cielos para favorecer sin medida á los mortales.

¹ Quare fremberunt gentes, et populi meditati sunt inania?—Astiterunt reges terræ et principes convenerunt in unum adversus Dominum et adversus Christum ejus. Ps. II, vv. 1 et 2.

Ved cómo triunfa la religion por la esperanza en este ilustre acontecimiento, alumbrando la resurreccion de simpatías convertidas cuando ménos en indiferencia, reincorporando de nuevo entre los elementos de la sociedad exigencias imperiosísimas tenazmente combatidas, atando los lazos de dos mundos que vagaban excéntricos, digámoslo así, el mundo político y el mundo filosófico. ¡Quién hubiera podido imaginar, católicos, que dos años de turbulencias habian de reformar la obra de tres siglos, depurando los principios, afirmando las esperanzas y haciendo revivir los sentimientos religiosos de tantas naciones? ¡Será extraño, pues, que las convicciones y los desengaños hayan conducido las cosas hasta el punto de rejuvenecer, digámoslo así, bajo la influencia del catolicismo triunfante en los principios y en las esperanzas, aquella tierna solicitud, que la Iglesia llegó á inspirar en sus mas bellos siglos á los supremos gefes de las naciones? ¡Qué cuadro tan sublime, católicos, el de la Europa y Pio IX durante su asilo en Gaeta!

Aun no habia desplegado sus labios el ilustre y santo Pontífice para condenar la ingratitud de sus hijos, cuando los anatemas de todos los pueblos cultos invadieron el territorio de los romanos. No hubo nacion que no alzase el noble grito para condenar aquella vuelta impía; y por uno de esos movimientos inexplicables, un estremecimiento simultáneo de indignacion contra los rebeldes, y de solícita y respetuosa ternura para con el santo Pontífice, ahogó con un golpe de desengaño las esperanzas de los filósofos impíos, anunciando de una manera imponente y sublime *el catolicismo del mundo*. ¡Cuándo perderán su interes y su encanto para los verdaderos católicos aquellas manifestaciones francas, magníficas, espontáneas y tiernas al mismo tiempo, con que Nuestro Santísimo Padre Pio IX, fué saludado en Gaeta por todas las naciones que le reconocian por el Padre comun de todos los fieles? No le faltó ningun homenaje, no se le escaseó ningun recurso, y nunca su gloria pontificia pareció lanzar sobre el orbe rayos mas esplendentes que cuando la ingratitud romana se esforzaba en humillarle, dejándole en Gaeta como un sér extraño á los destinos políticos de la nacion.

No hablaré de España: nadie cuestiona los antiguos y respetables títulos de este pueblo para figurar en la primera gerarquía de los homenajes al Pontífice: Isabel II sabia muy bien, que ocupaba el trono de San Fernando. Tampoco recordaré á esta noble reina de la América española, á esta República mexicana, que no mintió á sus timbres y á su gloriosa ascendencia cuando se trató de conducir hasta Gaeta los sentimientos eminentemente católicos que afectaban á sus Iglesias á la par que á su gobierno nacional. Algo

existía sin duda en la tierra de los Eduardos, bastante á sobreponerse al protestantismo, pues que la Inglaterra no se manifestó indiferente á la suerte del Papa; y aquel ilustre Estado que acababa de relegar en su concepto á una historia ya fenecida el nombre de su último rei, tuvo una noble aspiracion que le cubrirá siempre de gloria. Acordáos, católicos, de que Francia asió con fuerza un título que creían todos iba á escapársela de las manos; un título que habia heredado juntamente con el genio de sus antiguos reyes; un título que le hacia ocupar cierto noble primado en las relaciones del mundo con la silla de Pedro: que salió á su defensa desde los instantes primeros en que parecia ménos fuerte, y que, restituyendo á Pio IX, fué saludada por el orbe, por la ciudad y por el Pontífice *cristianísima y republicana*. Pero qué, ó vosotros los que no habéis encontrado vínculos para el altar mas que en el trono, ¿no habia reyes aún, y reyes poderosos, que hubiesen restituido al Pontífice-rei al gobierno de sus Estados? ¿Por qué pues tan extraño fenómeno en el sistema de vuestras ideas? ¿Qué misterio es este, católicos? Me atrevo á sospecharlo, y á pesar de mi conviccion, no os lo diré, sino con la modesta reserva de la incertidumbre. Me inclino á creer que, sirviéndose de la Francia para esta mision en los momentos en que el mundo político estaba sufriendo una gran crisis, Dios quiso corregir una página de la ciencia del Derecho social, poniendo en su lugar, que sus tabernáculos han de recibir el incienso, no solo de las manos que empuñan el cetro, sino tambien desde las sillas curules, y desde el noble y sencillo dosel del primer magistrado de una república.

Al explicarme de esta suerte, me agita, católicos, cierto vago temor. ¿Lo diré? Si, por el honor de mi ministerio y de la doctrina que predico, mas bien que por mi amor propio. ¿Habré sido filiado con cualquiera sospecha en algun partido político? Podrá ser; pero yo os aseguro, que al penetrar en este templo, he dejado fuera de sus umbrales los pensamientos de la tierra, y al presente no me agitan sino los intereses de la religion. Como ella, tampoco yo vengo á establecer una exclusiva, sino á fijar una idea: no me propongo abogar por ningun sistema político, sino demostrar que la santa religion que profesamos es amiga de todas las sociedades bajo cualquiera de sus formas legítimas, y donde quiera reconoce y sostiene los derechos que nacen de las relaciones de Dios con la naturaleza humana.

Pero, católicos, sin apercibirme de ello, estoy viendo ya el famoso acontecimiento que celebramos, bajo el otro aspecto que me propongo. Sin transición paso, pues, á mi segunda idea.

SEGUNDA PARTE.

La paz de que hablo aquí, consiste, no en ese violento equilibrio de intereses contrapuestos en su igualdad de poder, sino en la inalterable y quieta posesion que tiene de su propio destino, de sus propios atributos cada uno de los elementos de nuestra dicha: mas nuestra dicha, para ser digna de nuestra naturaleza y de nuestros destinos, debe ser el producto combinado de la razon, de la voluntad y el poder. Conciértase la razon consigo misma mediante la fe; conciértase la voluntad consigo misma mediante la esperanza; conciértase el poder con la voluntad y la inteligencia mediante la caridad. Un acontecimiento, pues, que arguye para la gloria de Dios el triple fruto de la fe, de la esperanza y la caridad, entraña por lo mismo todos los elementos de la paz, y he aquí cómo en el suceso que á todos nos reúne en este lugar santo, celebra la Iglesia la gloria de Dios, y en esta gloria de Dios mira el Estado la dicha de la sociedad.

La paz está, católicos, donde se reconoce y admite la verdad, donde se profesa y acata la justicia, donde se afirma y conserva el orden: la razon de esto es mui sencilla, y dýgandole, si no: primero, la guerra de las doctrinas; segundo, el choque de los intereses y el conflicto de las pasiones; tercero, el espectáculo que presenta la anarquía en la sociedad. Esto es palmario; pero lo que no era tanto sin duda es el acuerdo comun acerca de los medios que podian unir á los pueblos y concertarlos en la verdad, en la justicia y en el orden. Ellos, lo mismo que los individuos, parecen condenados á vivir de propios escarmientos, sin mas diferencia, que en los individuos los choques se pierden desapercibidos en los pormenores de la vida privada, mientras que en las sociedades se sufren terribles agitaciones, y las hai tales, que parecen presentar al mundo amenazando ruina. Nunca he podido olvidar el célebre pensamiento de un publicista de nuestros días, en cuyo concepto hai crisis en que los pueblos necesitan pasar por el sepulcro para volver segunda vez á la vida. Si la actual revolucion de Europa presentaba ó no su turno al apotegma del filósofo, no lo sé; pero los clamores de la prensa lo hacian temer, y el rápido curso de los desastres políticos hizo llegar el sacudimiento social de la Europa hasta las extremidades del mundo. Este enfermo estaba desahuciado, pues, bien lo sabéis.